

LUGONES Y MARTÍNEZ ESTRADA UNA MIRADA CONTRARIADA

Adriana Lamoso

En *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*, ensayo escrito por Ezequiel Martínez Estrada y publicado por Enrique Espinoza en 1968, el perfil del escritor argentino Leopoldo Lugones se construye mediante una figuración ambivalente, en tanto encierra a su vez el engrandecimiento y la impugnación, pero, no obstante, confluye en una sostenida defensa, a partir de la preeminencia de uno de estos aspectos. La principal cualidad positiva a la que Martínez Estrada alude corresponde al poder de fascinación que ejercía Lugones sobre él. Este efecto involucra el dominio de un lenguaje sofisticado, que se genera a partir del manejo eficaz de la palabra persuasiva. Justifica la adhesión a su figura en la fuerza de *encantamiento* y de *sugestión*, provocados por el efecto demiúrgico de la capacidad verbal, que Martínez Estrada apreciaba y distinguía en sus discursos.

Por otra parte, el ensayista ofrece una valoración parcelada de su producción literaria, que relativiza también la validez de su función de intelectual en el campo de las letras argentinas, y que conduce con una mirada contrariada, en tanto le resulta inadmisibles, en el contexto de sus discursos ideológicos ya pronunciados, compatibilizar el aspecto de Lugones que lo entronca con las políticas llevadas a cabo por el general Roca, tanto como su defensa y adhesión a las prácticas vinculadas con los gobiernos despóticos y el apoyo al desenvolvimiento de la iglesia católica en los *affaires* nacionales, así como también su posicionamiento singular respecto de las masas populares. Sin embargo, no deja de otorgar un lugar de reconocido mérito a quien lo apadrinara en sus inicios como escritor, y con quien trabara profunda amistad intelectual como padre de la cofradía, a la que ha hecho amplia referencia la crítica¹.

La distancia que Martínez Estrada establece con Lugones, y sobre la que evidentemente cree necesario hacer hincapié, encuentra un paralelismo en la distinción valorativa que enuncia respecto de la poesía y de la prosa de tal escritor. A la primera enaltece, mientras que a la segunda menosprecia y descalifica, en virtud de la preponderancia de su carácter político. Martínez Estrada sostiene, en abril de 1959, la necesidad de que los intelectuales intervengan en las cuestiones de la esfera pública, para evitar la decadencia espiritual de los habitantes de Argentina, en consonancia

¹ Horacio Tarcus, *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, EMECE, Buenos Aires, 2009.

con los presupuestos presentes en el libro *La traición de los intelectuales*, de Julien Benda (1867-1956)². Sin explicitar abiertamente los modos en que los escritores argentinos debieran intervenir para evitar la precipitación espiritual y moral de la sociedad, juzga la labor desempeñada por los intelectuales y los vuelve a insertar en la querrela que los responsabiliza por la caída en la miseria y la ignominia del país, al modo en que lo pronunciara reiteradamente en sus ensayos previos.

Así como la prosa de Lugones es desestimada por Martínez Estrada, en función de la preeminencia en ella del discurso político sobre el sociológico, filosófico o educativo, otra constante impugnación del ensayista se enfoca en el trabajo del intelectual que se ejerce a través de la prensa, en tanto considera que tales prácticas resultan conniventes con los poderes públicos del Estado. Por lo tanto, el militarismo y el nacionalismo propios de Lugones, así como su cercanía con el poder político, en especial, su adhesión al golpe de 1930, sumado a su trabajo para periódicos como *La Nación*, resultan ampliamente censurables para quien discutió de manera sostenida con los representantes de tales posicionamientos, lugar desde donde, sin embargo, Lugones contribuyó a la consagración de Martínez Estrada como escritor en la trama de las letras argentinas.

La defensa de la poesía de Lugones se asienta en una afinidad electiva de gran importancia: la preferencia compartida por la estética y la sensibilidad modernistas, linaje nacional construido por Lugones en el rescate de las figuras de Sarmiento y Hernández, que el ensayista, por su parte, compartió. Tal tendencia estética fue fundada a partir de Rubén Darío y retomada por Lugones, quien designó entre sus continuadores a los miembros de la hermandad intelectual mencionada por Tarcus³, en particular, fijó sus continuadores en las figuras de Horacio Quiroga y Martínez Estrada. El propio Darío reconoció como su “maestro” a Martí, en quien fija también su mirada el ensayista, con mayor intensidad en su etapa final de escritura.

Como Glusberg lo enunciara en 1933, Martínez Estrada hace eco de un posicionamiento que sostiene hasta fines

² Cfr. Martínez Estrada, Ezequiel, *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*, EMECE, Buenos Aires, 1968, p. 152. El intelectual debería ser —según Benda— el defensor de lo eterno, de las verdades universales, sin fijarse como objetivo inmediato un resultado práctico. Cf. Juan José López Burniol, *La traición de los intelectuales*. En: <http://www.nabarralde.com/es/gogoeta/5336--la-traicion-de-los-intelectuales>.

³ Horacio Tarcus, *op. cit.*

del '50: sellar el reconocimiento social y cultural de Lugones por la calidad de su producción poética, y por su afirmación de la estela modernista, en la que ambos se inscribieron; defensa que opera en virtud de la lealtad a la figura del “padre” de la cofradía⁴, su protector, sin desdeñar la desavenencia con su repudiable postura política de los últimos tiempos, en consonancia con el cuestionamiento que Lugones suscitó entre las fuerzas progresistas y de izquierda al adherir en 1924 a las prácticas llevadas a cabo por Mussolini en la crisis desatada por el asesinato de Matteotti, y al respaldar a fines del mismo año en Lima el advenimiento de “la hora de la espada”, en respuesta a una invitación del dictador Leguía. Tal reacción de los grupos opositores es condenada por Martínez Estrada, puesto que en tales cuestionamientos encuentra la raíz de los males que precipitaron en el olvido a los intelectuales argentinos más inexpugnables, entre los que se incluye a sí mismo⁵. Estas sanciones conducen, además, a la exclusión, a la marginalidad y a la muerte, ya que encuentra en el suicidio de Lugones una vía ineluctable implantada por la virulenta reacción colectiva ante un intelectual agonista. Así lo expresa el ensayista:

(...) yo que no participo de sus doctrinas y que lo considero la más fácil y repudiable solución gordiana de los problemas fundamentales de la civilidad, debo salir en su defensa en cuanto él representa una de las formas típicas del holocausto que exigimos a los hombres excepcionales. Creo que debo señalar que ese tributo de sangre no se exige entre nosotros tanto al ser que se rebela contra el orden social cuanto al que intenta oponerse al desorden. Por desorden no entiendo únicamente la confusión que resulta de un trastorno accidental en la vida pública, sino también la relación indebida en que hombres y cosas se encuentran en un status anormal. En nuestra historia los desórdenes no siempre son representados por las crisis, sino que comúnmente la crisis es una reacción para rectificar el desorden estabilizado.⁶

En una escala de valores que Martínez Estrada asume como trastocados en el seno de la organización socio-política de Argentina, incluye el posicionamiento de Lugones de un modo que reproduce estereotipos etnocéntricos propios de su arco de escritura de la escena nacional: justifica y fundamenta la desdeñosa relación de Lugones con el pueblo en función de su imposibilidad para apreciar la falsificación presentada como “legal” de los valores “legítimos”. El encontrarse inscrito en esa apreciación peculiar implica atribuir equívocamente al pueblo las causas del declive que en realidad le pertenecen

a sus dirigentes; así como, en su intento por reconducir los destinos de estas tierras, Lugones creyó conveniente optar por el carácter disciplinario, antes que por un orden invertido que signifique la preeminencia de la comunidad y la solidaridad humanas, en el orden de las relaciones naturales de un pueblo, según el marco de reflexión en el que lo incluye el ensayista.

El proyecto de Lugones, que trasluce una ruptura significativa con Martínez Estrada en el campo político-ideológico, como concepción para la constitución del Estado Nacional, se vincula con la creencia de que los destinos de grandeza de la Patria debían forjarse mediante la adhesión y el propiciamiento del plan de Roca, heredado de Rivadavia. Este plan pretendía concretar dos grandes aspiraciones: la pacificación del campo, eliminando los “peligros” del indígena, y la capitalización de Buenos Aires (en manos de Avellaneda), hecho que instituirá un federalismo unitario y asegurará la influencia y el poder del puerto, principalmente mediante el régimen de las importaciones de productos y el favorecimiento de la inmigración, como políticas desarrollistas de ambicioso alcance.

A raíz de la ubicación de Martínez Estrada en una postura crítica de esa política, y en función de la adhesión de intelectuales que propiciaron la puesta en práctica de tal proyecto nacional, el ensayista reconstruye un posicionamiento respecto del modo de concebir al pueblo inspirado en Toynbee y en Simone Weil, que le permite poner en juego el discurso paradójico, y a la vez evidenciar un punto diferencial respecto de sus concepciones previas, vinculadas a las experiencias que vivenció en su cercanía a grupos populares, en especial, durante el período de auto-reclusión y enfermedad que padeció durante el gobierno del General Perón. Encuentra válida la comprensión en lugar del desprecio que atribuye a Lugones; y trueca el lugar desde donde lee la presencia de la ignorancia y de la culpa, redirecciona la dinámica que entrelaza al poder con el pueblo, invierte la perspectiva lugoniana⁷ donde radica un mundo ilusorio: para él, en las investiduras están las alegorías, en la historia, la leyenda, la novela, la epopeya. La siguiente reflexión reúne su inevitable condena:

Lugones no ignoraba dónde estaban los focos de putrefacción de la vida nacional, pero insensiblemente y por acumulación de ímpetus fanáticos llegó a contraer “compromisos de honor” que inevitablemente habían de arrastrarlo a la muerte. Y si debemos hacer un esfuerzo para reivindicarlo no solamente de sus enemigos, que sin duda tienen mucha razón, sino también de sus defensores y de él mismo que no la tuvo nunca en

⁴ *Ibidem*.

⁵ Ezequiel Martínez Estrada, *op. cit.*, p. 61.

⁶ *Ibidem.*, p. 62.

⁷ Dice Martínez Estrada: “...en vez de encontrar el gran camino de la comprensión que nos hace reconocernos culpables de la ignorancia del ignorante y de la pobreza del pobre, tomó el partido de aborrecerlos y culparlos atribuyendo al infeliz de la recua los vicios de la ignorancia engreída de los que solía tratar.” *Ibidem*, p. 74.



Leopoldo Lugones

este caso, es porque debemos aplicarle el mismo criterio de pureza dostoevscana que nos permite ver en la abyección provocada por circunstancias inexorables de la vida la esencia de pureza que nada puede corromper.⁸

El modelo del intelectual heroico⁹ de Lugones, quien construye un linaje

de filiación con Sarmiento, por su pretensión de erigirse en un intelectual ideólogo y protagonista de un proyecto político, en una saga que se inicia con Mariano Moreno y finaliza con él, esto es, el deseo de alcanzar un rol que viabilice las funciones de escritor y de presidente argentino, finalmente resultó frustrado. La magnitud de sus giros ideológicos señaló el quiebre con grandes grupos de choque: desde sus inicios con atisbos anarquistas, luego su adhesión a la causa del socialismo en el país, que se concretó con su afiliación al Partido Socialista junto con José Ingenieros, y su posterior conversión, a partir de 1924, a favor del gobierno que instaló la dictadura el 6 de septiembre de 1930, y que inició la serie golpista con la que el Partido Militar se mantuvo visible en los escenarios de la política argentina en las décadas siguientes.

Ante este recorrido por líneas ideológicas que manifiestan una fractura en su línea de pensamiento, y que señalaron controvertidas tensiones en su trayecto como intelectual político, Martínez Estrada intentó rescatar su imagen, al poner en evidencia su importancia como hombre representativo de las letras argentinas. En este afán se inscribe el ensayo *Lugones, retrato sin retocar*, que finaliza con el discurso que Martínez Estrada pronunciara en nombre de la SADE, con motivo de instituirse, el 13 de junio, el Día del Escritor, en conmemoración del nacimiento de Lugones. La defensa incluye una nueva reflexión orientada a la necesidad de consolidar la profesionalización del escritor argentino, en una práctica que constituye parte de tal procedimiento. En la misión del escritor, Martínez Estrada no encuentra sino el redundante reclamo que se singulariza en las figuraciones de la soledad, el descrédito, lo precario, la desdicha y la hostilidad. Sus palabras son claras: “Han caído todas (las ilustres figuras), unas en el olvido, otras en el escarnio,

⁸ *Ibidem*, pp. 96-97.

⁹ María Pía López, *Lugones: entre la aventura y la Cruzada*, Colihue, Buenos Aires, 2004.

¹⁰ Ezequiel Martínez Estrada, *op. cit.*, p. 142. Lo escrito entre paréntesis me pertenece.

otras en la negación de sí mismas, la más dolorosa agonía.”¹⁰ En la muerte de Lugones encuentra el ensayista la muerte simbólica de sus sucesores en el campo de las letras argentinas.

Martínez Estrada se alinea con los intelectuales que rescatan la figura de los escritores suicidas, en particular, la de



Ezequiel Martínez Estrada

Lugones tanto como la de Quiroga. En el rescate de su imagen hace explícitas las condenas que provienen del giro de Lugones hacia el militarismo, su alineación con los gobiernos de facto, su filiación partidista, así como su participación como intelectual articulador de tales praxis desde los diversos cargos que ocupó, en particular, del periodismo cultural. Un núcleo significativo de sus discursos se centra en la referencia a los vínculos que Lugones mantuvo con los grupos ideológicos, pero sobre todo, con los escritores a los que se oponía, y destaca su divorcio de las clases populares, que no formaron parte nuclear de sus proyectos políticos, en su preocupación por consolidar eficazmente la constitución del Estado Nacional.

Frente a tales querellas, el ensayista distingue sus aptitudes como poeta, el uso sofisticado de las herramientas retóricas y el empleo del lenguaje más propicio para la consecución de tal fin. Junto con ello, y a partir del suicidio de estos hombres, enuncia un álgido reclamo en pos del lugar que cabe a los escritores de Argentina. Aúna las figuraciones del escritor en soledad y en situación hostil como un fracaso que se percibe en la voluntaria desaparición física, en consonancia con el derrumbe de los destinos de la patria; y, por otro lado, la lucha por consolidar las condiciones para que los escritores asuman una misión doble: encauzar la declinación espiritual y moral del país, a la par que afianzar el lugar que ocupaban en la esfera cultural y profesional de la patria. De esta manera, se anudan los discursos del ensayista, en una red que abarca sus escritos dedicados a cumplir con su deber como escritor denunciante, en su propio lugar de origen. ▣

Adriana Lamoso (Coronel Pringles, 1974). Argentina, profesora y licenciada en Letras, docente de las cátedras “Introducción a la Literatura” y “Literatura Latinoamericana II” e investigadora de la Universidad Nacional del Sur, Argentina, y del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cursa el período final de la Tesis Doctoral en Letras, referida a los ensayos de Ezequiel Martínez Estrada entre 1933 y 1960.